

PRESENTACIÓN

Quienes firmamos esta breve presentación al volumen *ofrecido* a Manuel Casado con motivo de su jubilación nos sentimos, ciertamente, muy honrados, pero, al mismo tiempo, no podemos negar que sentimos también cierta zozobra al pergeñar estas líneas que deben ser, al menos en parte, laudatorias. Y creemos que no es necesario explicar por qué hacemos tal afirmación. Quienes han sido colegas, discípulos o simplemente han tenido la experiencia de trabajar cerca de Manuel Casado saben que se trata de una persona que huye de los parabienes y cuyo rasgo más sobresaliente es, precisamente, *ofrecerse* a los demás. Así lo atestiguan su servicio a las instituciones donde ha desempeñado cargos de gobierno o sus innumerables iniciativas científicas que han servido de espoletas para que otros brillen mientras, discretamente, Manuel, apartado de los focos del protagonismo, contemplaba con legítima satisfacción los avances de tantas personas en quienes, poco a poco, iba fortaleciendo la necesaria autoconfianza para emprender la exigente y apasionante tarea universitaria.

Su generosidad ha impregnado todos los órdenes de su actividad docente, investigadora y de gestión. Ha tenido la firme convicción, dicho con palabras del título de un célebre libro del filósofo Nuccio Ordine, en *la utilidad de lo inútil* del saber humanístico, como un fin en sí mismo, desprovisto del carácter práctico y fin utilitarista. Y ha defendido explícitamente la utilidad de los estudios lingüísticos, utilidad que se proyecta –nada más y nada menos– en conocer al ser humano, incluso con la reflexión sobre temas aparentemente menudos –pongamos por caso, la descripción de un sufijo o del empleo de una voz en el discurso mediático–, pues él ha hecho suya una de las guías sobre la que se erigió la vasta producción intelectual de uno de sus maestros, Eugenio Coseriu: no hay temas menudos, pues todos son manifestaciones del espíritu humano y, por tanto, todo lo pequeño resulta ser algo trascendental.

La convicción de la “inutilidad necesaria” de los estudios lingüísticos no ha implicado que dejara de lado su proyección social y cultural. Ahí están sus intereses –diríamos que constantes y transversales en su investigación y, a veces, nucleares– sobre el poder del lenguaje de las ideologías dominantes o su honda preocupación por la devaluación de la palabra, por la falta de confianza en el lenguaje en la sociedad contemporánea, por el cada vez más rebajado rango que se le otorga al saber lingüístico en la educación preuniversitaria y aun en la propia Universidad. Es en el marco de estas preocupaciones donde una persona tan comedida, tan poco proclive a los juicios valorativos cuando estos son negativos, llegado el caso, se manifiesta sin ambages cuando, por ejemplo, critica que “hemos perdido casi un siglo hasta dar con el enfoque adecuado en el aprendizaje de las competencias lingüísticas” o lamenta que en los ámbitos intelectuales de Occidente predomine la hermenéutica de la sospecha frente a la hermenéutica de la confianza.

Podríamos citar más rasgos que armonizan su trayectoria docente e investigadora y su talante vital. Baste citar otro principio de su maestro Eugenio Coseriu. En un trabajo –escrito con Antonio Vilarnovo– que le dedicó *in memoriam*, afirmó que uno de los rasgos intelectuales de Coseriu fue su apertura mental, que le llevaba a aplicar siempre lo que él denominaba el “principio de tolerancia intelectual”, según el cual las personas habitualmente tienen razón en lo que dicen, por lo que, ante cualquier afirmación sobre el lenguaje o sobre un determinado hecho lingüístico, habría que plantearse qué de verdad había en ella. Manuel Casado no solo ha aplicado este principio a su quehacer estrictamente intelectual: quienes han tratado con él conocen su capacidad de escucha, su tolerancia con posturas discrepantes y la naturalidad con la que cambia de opinión si la ajena le ha convencido. Un “principio de tolerancia vital”, en suma, que explica su capacidad para conciliar afectos y la gran cantidad de amigos que tiene entre sus colegas.

Por todo lo que acabamos de decir –y por otras cosas que aquí callamos por la falta de espacio y por respetar al menos un poco la modestia del homenajeado–, no nos extrañó la generosa respuesta a la convocatoria que lanzamos para contribuir en este volumen. Ciertamente, este ramillete de estudios que el lector tiene en sus manos y que reúne a casi un centenar de firmas es por sí solo una sólida evidencia de reconocimiento. Pero nosotros, que nos hemos limitado a disponer estos estudios en bloques representativos de su labor investigadora, también hemos tenido la suerte de ser testigos privilegiados de otras “evidencias” en las respuestas a esta invitación que nos han demostrado el afecto y la

admiración que han generado el docente, el investigador y la persona de Manuel Casado a lo largo de su fecunda vida universitaria. Afecto y admiración que también comparten los nombres que figuran tras esta última línea.

Ramón González Ruiz

Inés Olza

Óscar Loureda